

Cálido Canadá

EL HUEVO DE BARBA AZUL

Margaret Atwood. Traducción de Eduardo G. Munillo, Editorial Alerce, Barcelona, 1990, 252 páginas.

por Hernán Poblete Varas

“PREFIERO la feminidad al feminismo” contestó un escritor interrogado sobre tan arduo tema. En realidad, no hay imagen más escasa de feminidad que la de una sufraguista embistiendo a paraguasos contra la policía británica.

Algo parecido debe pensar la escritora canadiense Margaret Atwood, nacida en Ottawa el año 1939, a juzgar por estos relatos que, a través de sus variados personajes, trasuntan aquello que de manera muy vaga designamos como “lo femenino”. Pero no nos engañemos con los términos: no son candorosas e inocentes sus protagonistas ni lo son la forma de contar y el lenguaje de la autora. Más bien la podríamos considerar una mujer liberada: liberada de prejuicios y de trabas, incluidas (en algunos casos) las establecidas por la moral de la pareja.

Casi podría ser escandalosa, pero en este punto interviene el equilibrado talento de la autora y su profundo sentido de una dignidad que trasciende los flojos lazos éticos de la actual sociedad y los hábitos del materialismo constituido en modelo existencial. Equilibrio, fineza, intuición psicológica son factores que hacen diáfano un clima interior que podría ser oscuramente denso.

Repitamos el término: feminidad. Margaret Atwood es hondamente feminina, a la manera de Katherine Mansfield o de Colette, aunque con más profunda delicadeza, pese al vocabulario “sans facon”.

Tres de las narraciones (*Momentos significativos en la vida de mi madre*, *El huracán Hazel* —que encabezan el libro— y *Un hallazgo extraordinario*, que lo cierra) podrían ser partes de una autobiografía o eso parecen. Aquí, los protagonistas son los padres de la narradora y ella misma. El amor por la naturaleza, la dura naturaleza canadiense, es el motivo central. El jardín, la huerta, el bosque próximo, las andanzas de pájaros ranas, insectos, las amistades adolescentes, constituyen la aventura y la hazaña. Moviéndose, tal vez, por los recuerdos evocados con delicadeza y ternura, Margaret Atwood es, en estos tres relatos, una exquisita lírica bien provista de humor. Abundan las agudas observaciones, hay una destreza en los detalles reveladores. Un rasgo, un alfilerazo le bastan para retratar a un personaje o describir una situación. La figura del padre, permanentemente atareado en construir, sembrar y salvar, y de la madre, tan sistemática como irónica, trascienden humanidad y belleza interior. Estas tres historias son pequeñas obras maestras suficientes para justificar el resto.



Pero ese resto también vale, y mucho. No pretendamos hacer un recorrido por cada uno de los cuentos (para eso está el lector). La mala costumbre de anticiparse a aquél y contar lo que debe ser leído es el método insuperable para destruir el suspense y acabar con los encantos de la sorpresa.

Demos, pues, sólo una mirada a algunos detalles sorprendentes y felices de estos relatos que tienen, entre otras, la virtud de sostener el interés. No hay altibajos entre ellos, con ser todos muy diferentes y mostrar diversos rostros psicológicos.

La historia de *Lulú*, o la vida doméstica del lenguaje nos muestra una realidad que podemos observar en nuestros propios ámbitos: el falso mundo de una bohemia intelectual tan desprovista de medios como de talento, y, como en un universo propio y solitario, esta *Lulú* ceramista y hambrienta de amor, que alimenta a sus pseudo-poetas fabricando cacharros de greda.

“La casa no es un lugar, sino un sentimiento” dice Becka, desolada protagonista de *Carafea*. Y en ella no es una frase. Como no debería serlo para nadie.

Los rápidos vertiginosos y *Caminando sobre el agua*, con su ingenua y temeraria protagonista Emma son casi dos anécdotas, dos ejercicios de humor ejecutados con destreza narrativa.

El huevo de Barba Azul, que por algo presta su título al volumen, es una cruel paráfrasis matrimonial de la vieja historia popular. Margaret Atwood, con dureza di-

simulada por el encanto, traza una sátira mordaz de la superficialidad.

En la narrativa de esta notable escritora canadiense la naturaleza ocupa un sitio preponderante, no como elemento aislado, sino en correspondencia con los humanos que la viven en gozo o sufrimiento. Humanidad y naturaleza se relacionan, se imbrican, se condicionan mutuamente. En algunos relatos, como *Canción de primavera de las ranas* y *Los ibis escarlatas*, esta relación es especialmente notoria y se sublima en la historia de esta excursión tropical en busca de unas mágicas aves cuya visión tiene un efecto catártico.

Sin detenernos más en esta enumeración, observemos algunos de los rasgos psicológicos que la autora sabe recalcar epigramáticamente. Así, esta observación sobre el niño y lo maravilloso: “Christine había llegado a la conclusión de que los magos no encandilan a los niños, pues para ellos es natural que los conejos surjan de los sombreros”. Y páginas más adelante, esta pequeña reflexión sobre la esclavitud del hombre ante la máquina: “[Ivonne] no tiene teléfono. Cuando lo tenía, se sentía a su merced, tanto si sonaba como si no, sobre todo cuando no lo hacía”. ¿Quién no se ha sentido alguna vez preso de esta incertidumbre?

Observadora eficaz y narradora fina, Margaret Atwood merece su fama. La traducción de Eduardo Munillo, con ser buena, no nos ahorra, desgraciadamente, los localismos peninsulares ni las infortunadas locuciones, como ese “por contra”, tan torpe como impropio. ■

Cálido Canadá [artículo] Hernán Poblete Varas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cálido Canadá [artículo] Hernán Poblete Varas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa